

CRONICAS

DISCURSO DEL DOCTOR HERNANDO GROOT CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DEL DOCTOR LUIS PATIÑO CAMARGO

(MARZO 26 DE 1981)

Así como la Academia de Medicina tiene que estar atenta al presente y fijar los ojos en el porvenir, igualmente debe mirar al pasado, no para hacer una colección fría de recuerdos y mantener un simple archivo de memorias muertas, sino para encontrar en las grandes figuras de la medicina nacional el ejemplo digno de imitarse, la fuerza que ha de iluminar nuestras acciones futuras. Es necesario y más que necesario, obligatorio, estudiar la vida y las realizaciones de aquellos prohombres y analizarlas a la luz de las circunstancias que les tocó vivir, para entenderlas en toda la plenitud de su significado y encontrar en ellas fuente permanente de inspiración.

Ha querido la Academia Nacional de Medicina que al rendirse esta noche un sincero y profundo homenaje a una de aquellas figuras proceras sea el propio presidente quien lleve la vocería, no por la persona que hoy ocupa transitoriamente tan alto cargo, pues bien se sabe que muchos otros Académicos podrían hacerlo con más propiedad y elocuencia, sino por ser el máximo representante de la institución.

La vida de Luis Patiño Camargo es tan rica en experiencias ejemplares que me volvería interminable si hiciera un recuento completo de las mismas. Hacer su biografía tomaría largo tiempo. He creído por esta razón, que esta noche sería más adecuado traer

a la memoria algunas estampas de su vida científica, muestra breve sí, pero bien representativa de su personalidad, de su carácter, de su extraordinaria capacidad de trabajo, de su habilidad para la investigación de las enfermedades tropicales.

Hasta no hace mucho tiempo dos enfermedades eran frecuentes en Bogotá. En ambas, además de la fiebre y síntomas diversos se observan estados de sopor o mejor de estupor y por esta razón ambas tienen nombres parecidos, pues provienen de la misma raíz: Son el tifo exantemático y la fiebre tifoidea o simplemente tifo y tifoidea que se derivan de typhus, estupor en griego. Si bien estas enfermedades en el siglo pasado a veces se distinguían la una de la otra, con frecuencia no era fácil hacer el diagnóstico diferencial, por cuanto en esa época no se conocían ni los respectivos agentes causales ni los métodos de laboratorio para identificarlas. De ahí que a principios de este siglo prácticamente la totalidad de los médicos de Bogotá, encabezados por el eminente clínico doctor José María Lombana Barreneche, sostuviera que ambas enfermedades en verdad no eran sino una sola, la fiebre tifoidea, con manifestaciones de mayor o menor gravedad. Solo se oponía a esta teoría unicista esa otra figura ilustre, el Profesor Carlos Esguerra. El caso era importante y causaba enorme preocupación, no solamente en los médicos sino en la sociedad

entera, porque las dolencias mentadas eran muy frecuentes y causaban alta mortalidad. El entonces estudiante de medicina Patiño Camargo no solamente no se escapó a la preocupación general sino que, bajo la tutela del doctor Esguerra se dedicó de lleno a estudiar la situación, tanto en la Casa de Salud de Marly, donde estuvo de practicante desde 1917 hasta 1920, como también en la Clínica General del Hospital San Juan de Dios. Por cinco años estudió enfermos de tifo con la más rigurosa técnica, aisló el agente etiológico con cuidado exquisito, comprobó que en Colombia, como en otros países, el piojo era el insecto transmisor y observó la enfermedad en los animales de experimentación, de tal manera que demostró en forma incontrovertible la presencia del tifo exantemático entre nosotros. Cumplió con lujo los propósitos que había expresado en los siguientes términos: "Para nosotros, en materia científica no aceptamos sino los hechos comprobados. Somos educados en el espíritu del Colegio del Rosario y un colegial rosarista no sabe jurar por la palabra de ningún maestro ni puede exclavizar su razón bajo ningún yugo terrenal; en consecuencia, hemos querido buscar por nuestra propia cuenta, en este punto científico, en donde está la verdad". Estas bellas frases sintetizan la decisión del joven Patiño de usar todo el rigor de la ciencia y la libertad disciplinada de la inteligencia en la solución de los problemas. La aplicación de esos principios fue sin duda la



Dr. Luis Patiño Camargo

clave del éxito de todas sus realizaciones. Cómo resultan de significativas esas breves frases que indican también gratitud y noble orgullo, hablan de la lealtad al alma mater y demuestran una vez más cómo la formación humanística es piedra sillar irremplazable para cualquier actividad científica.

La aclaración que hizo Patiño sobre el tifo exantemático, a más de resolver un problema académico, tenía alcances prácticos del más alto significado, por ser completamente diferentes las causas y las maneras de transmisión de las dos enfermedades: tifo y tifoidea, lo que indicaba que su tratamiento y en especial su prevención tenían que ser totalmente distintos. Se abrieron así en Colombia rutas claras para prevenir el tifo, enfermedad que periódicamente azotaba a la nación en especial en tiempos de contiendas bélicas y muy frecuentemente causaba mortalidades altas. La primera epidemia de tifo que azotó el país había sido la famosa peste de Santos Gil que según el historiador Groot, mató las cuatro quintas partes de los habitantes de la Sabana de Bogotá y de Santa Fe a principios del siglo diecisiete; se llamó así por ser Santos Gil el notario santaferense quien tuvo la doble suerte de escapar a la enfermedad y de recibir las herencias de los lugareños enfermos quienes en vista de que sus parientes habían desaparecido ya por causas de la peste, en su última voluntad le dejaban sus bienes. Desde entonces la enfermedad venía cobrando con regularidad sus víctimas precisamente porque no se la reconocía o porque no se la sabía prevenir.

La obra de Patiño sobre el tifo, que constituyó su Tesis de Grado publicada en 1922, no ha perdido vigencia; más aún, hoy día sigue siendo el tratamiento más importante y completo que sobre la materia se ha escrito en Colombia.

Años más tarde, el ya doctor Patiño, quien por algún tiempo se había dedicado a la enseñanza de las Ciencias Naturales en San Cristóbal, regresó a Colombia en 1927 y en Cúcuta se hizo cargo de la Jefatura de la sanidad del puerto terrestre. Allí sus actividades eran múltiples, ora eliminando mosquitos, ora tratando de controlar el paludismo, ora desparasitando niños, ora aplicando vacunas, ora atendiendo una consulta externa y a tal punto se embargaba en su tarea, que con frecuencia se olvidaba hasta de comer, para desespero de los suyos. Entre esas actividades estaba la continuación de la lucha contra el aedes que así se llama el mosquito transmisor de la fiebre amarilla urbana, iniciada por ese otro apóstol de la sanidad, el doctor Roberto Serpa; y fue esa campaña otra de las exitosas realizaciones de su vida. Las condiciones no eran fáciles, los recursos escasos y había que acabar con el mosquito, porque de otra

manera se repetirían las terribles epidemias que habían venido azolando la parte Norte del país y en general todo el Caribe desde hacía más de doscientos años.

Si bien se habían saneado La Habana, Veracruz, Panamá y en parte Río de Janeiro parecía que aquello de vencer al mosquito solo era privilegio de la inteligencia del General Gorjaz y del dinero de los norteamericanos o de los recursos y la capacidad de Oswaldo Cruz. El doctor Patiño no se quiso quedar atrás y con los procedimientos a su alcance, bien pocos por cierto, se empeñó en la lucha. Hoy, en 1981, cincuenta y cuatro años después, veamos cuán difícil es una campaña para controlar el mosquito y eso que tenemos armas poderosísimas tales como insecticidas que colocados sobre las paredes mantienen allí su acción por largos meses o se pueden distribuir en las grandes ciudades desde los aviones en forma de nubes finísimas que matan rápidamente los insectos, sin perjudicar al hombre. Nada parecido tuvo a su disposición el doctor Patiño. Habida cuenta que el mosquito, en forma de larva, pasa parte de su vida en el agua de los recipientes domésticos, los métodos usados por él se basaban en la aplicación de una delgada capa de petróleo en unos, en la colocación de pececillos en otros para que se comieran las larvas y en la eliminación de aquellos objetos como latas abandonadas en los solares donde pudiera acumularse el agua. Todo esto significaba trabajo dentro del hogar y para ello era imperioso ganar la colaboración de la totalidad de los habitantes de la ciudad porque si se dejaba algún recipiente inútil sin eliminar, allí seguiría encontrando el mosquito manera de reproducirse. Y esta colaboración tenía que llegar inclusive a acciones que chocaban con los sentimientos de los habitantes, tales como la eliminación de los floreros de los cementerios o el secamiento de las pilas de agua bendita en el recinto sagrado de las iglesias. Solo una persona con el conocimiento técnico, con el celo, con la mística, con la suavidad en la manera y con la firmeza en el propósito, con la comprensión del doctor Patiño podía llevar a cabo tan difícil tarea, granjeándose de paso la simpatía y el agradecimiento de todos los cucuteños. Su obra fue admirable y la ciudad, que unos pocos años atrás tenía mosquitos en el noventa por ciento de las casas, siendo por esto la urbe con mayor densidad de tal plaga en el continente americano, bien pronto se vio prácticamente libre de aedes. Apenas una de cada mil casas lo albergaba. Fue esta una verdadera hazaña que jamás debemos olvidar y que es ejemplo claro de cómo una voluntad, una mística, un liderazgo producen efectos magníficos, así sean precarios los medios materiales disponibles. Tal hazaña no solamente significó el saneamiento de Cúcuta sino que fue la base y el modelo para que en otras ciudades

como Barranquilla, Cartagena y San Marta se iniciaran campañas análogas y se eliminara o por lo menos se disminuyera de manera muy notable el riesgo de la fiebre amarilla urbana, ese mortal flagelo que cierra puertos, paraliza ciudades, inmoviliza comercios y aterra gentes. Tan terrible amenaza, desafortunadamente ha vuelto a cernerse sobre el país. El ejemplo del doctor Patiño será el mejor estímulo para conjurarla.

Conocí al doctor Patiño mientras yo estudiaba medicina por allá en 1935. Presentaba en el Hospital San Juan de Dios algunos pacientes procedentes del Valle de Tobia entre Villeta y Utiaca. Se encontraban moribundos y mostraban pequeñas manchas de sangre en la piel. Los estudiantes quedamos asombrados ante la presentación magistral que nos informaba de una nueva enfermedad en Colombia. Se trata, nos decía el doctor Patiño, de una fiebre parecida a la que hay en las Montañas Rocosas de los Estados Unidos y lo más probable es que aquí sea transmitida por estas garrapatas y señalaba algunas que los pacientes tenían todavía adheridas en su piel, a pesar de que este tipo de animalito no se encuentra en el país del norte. Lo decía entonces con bases clínicas y epidemiológicas que él mismo confirmó posteriormente con prolijos estudios de laboratorio. Para nosotros fue crucial aquel momento pues se descubrió el velo de ignorancia que nuestra vanidad disimulaba, creyendo a pie juntillas en la distribución geográfica circunscrita que los textos de la época asignaban a las enfermedades exóticas así llamadas entonces.

Unos años más tarde, en enero de 1939, cuando acababa yo de terminar el sexto curso me llamó el doctor Patiño y me dijo: “A usted que ha venido trabajando en el laboratorio y que sabe hacer coloraciones de sangre, le ruego el favor de acompañarme a Nariño porque allí hay una enfermedad muy rara que está causando muchas muertes y es necesario estudiarla”. En 24 horas, una vez hubimos preparado algunos elementos de diagnóstico, microscopio, medios de cultivo y colorantes, nos encaminamos al sur. Después de haber pasado un domingo en Pasto estudiando la situación con los médicos de la localidad y recibiendo noticias cada vez más alarmantes sobre la alta mortalidad de la epidemia, al día siguiente tomamos la carretera a Sandoná, lugar donde se decía había numerosos enfermos y a donde llegamos a la una de la tarde. Al punto nos dirigimos a un hospital improvisado en una vieja casa donde se hacinaban enfermos febriles y anémicos, algunos en trance de morir. Después de que ambos habíamos examinado a varios de los pacientes salimos al patio donde alguien nos señaló una convalesciente, una mujer de mediana edad que mostraba en la cara dos

o tres esferitas rojas del tamaño de una alverja pequeña. “Qué opina usted de todo esto?” me preguntó entonces el doctor Patiño con ese tono siempre amable que empleaba cuando deseaba pasar inadvertido y más bien darle importancia a su interlocutor. “No sé, le dije, esta no se parece a ninguna de las enfermedades que he visto; sin duda se trata de una enfermedad infecciosa, pero las lesiones de la piel nada tienen que ver con ella”. “Creo que el diagnóstico está hecho” me replicó y añadió: “Para mayor seguridad hágase unas coloraciones de sangre de los enfermos febriles”. Atónito, pues no podía imaginar cuál sería el diagnóstico, seguí sus instrucciones y haciendo gala de mis mejores conocimientos teñí las preparaciones de sangre. Entregué la primera al doctor Patiño quien después de haberla examinado en el microscopio por algunos minutos se volvió hacia mí y me dijo: “El diagnóstico está confirmado, venga, mire aquí”. Me acerqué al microscopio y a través de sus lentes observé partículas que me parecieron residuos del colorante. “Me da pena, le advertí, pero esta preparación quedó mal hecha pues se precipitó el colorante”. “No Groot, me dijo, su preparación está bien hecha y muy bien hecha; lo que usted está viendo son bartonellas, los microbios que causan la bartonelosis, Verruga Peruana o Enfermedad de Carrión, que son los nombres que se dan en el Perú a esa epidemia tan mortífera”, la fiebre y la lesión cutánea tienen el mismo origen; esas bolitas rojas de la piel son las famosas verrugas peruanas”.

Me he sentido obligado a relatar estos detalles, que no han tenido intención autobiográfica alguna, porque tuve el privilegio de ser el único médico testigo presencial de un momento estelar de la vida del doctor Patiño: en el centro de un marco de completa sencillez se demostraron sus eximias cualidades al identificar una enfermedad que por varios años había desafiado todo intento de diagnóstico y sentar así las bases para la solución de un problema que había causado ya seis mil víctimas. No era una identificación fácil, pues entre otras cosas el doctor Patiño no había visto antes casos de dicho mal, que en ese entonces parecía solamente un vago recuerdo histórico de algo escondido en ignotos valles del Perú. Para llegar al diagnóstico tuvo que hacer un extraordinario ejercicio intelectual en el que se pusieron en juego sus conocimientos médicos, su habilidad como

naturalista, su capacidad de discernimiento y su visión ecuménica sobre los grandes problemas de la medicina.

A estas cuatro estampas de tifo, fiebre amarilla, fiebre manchada y verruga había que añadir muchas más en las que el doctor Patiño tuvo destacada y patriótica actuación. Apenas menciono algunas: Su participación en la guerra del Perú como Médico Jefe de Sanidad y la fijación de normas de salud para las tropas en campaña que entonces hizo; sus estudios sobre la lepra y su colaboración con el profesor Federico Lleras Acosta; sus múltiples servicios a la salud del país, ya como Director Nacional de Higiene cargo equivalente hoy día al de Ministro, ya como Director del Ministerio años después, ya como investigador de problemas fundamentales de la fiebre amarilla, ya como Director de Institutos de Investigación; su contribución a la salud de los empleados de las compañías petroleras; sus estudios lingüísticos, su participación en innumerables reuniones científicas internacionales donde siempre de docente, eficaz como ninguna, que culminó con el bellissimo gesto de dejar la cátedra, cuando, entendiendo las modernas orientaciones de la enseñanza no pudo dedicarle a ella todo el tiempo que deseaba y quiso así mismo abrir el campo a las promociones médicas más recientes. Cuán rico en altura moral, cuán ejemplar, a un mismo tiempo disciplinado y alegre, fue el ejercicio de su actividad vital tanto en la investigación como en la docencia, tanto en el servicio público, como en el recogimiento de su hogar, donde con su dignísima esposa formó un dechado de virtudes ciudadanas, auténtico orgullo del país.

Qué bello recordarlo en términos sencillos, sin adjetivos estridentes, que de haberlos oído él hubiera herido su tradicional modestia!

Qué bello ha sido recordar a Luis Patiño Camargo! Qué bello encontrar en cada faceta de su vida un modelo digno de imitarse! Qué bello repasar su trayectoria ilustre, sobria, señorial, ornada en todo momento por la sencillez y por la discreción. Qué bello en fin que estas Academias y las generaciones nuevas encuentren inspiración en su obra, sigan las sendas de progreso y de servicio que él señaló y mantengan las normas de excelencia de las que fue siempre abanderado el más ferviente.